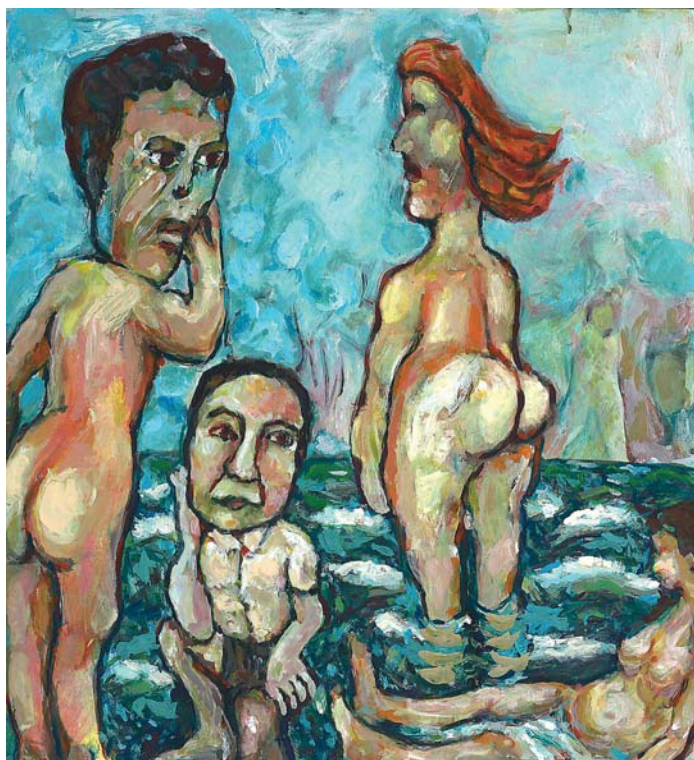


Carlos Javier Cebrián

BAGATELAS



Pliegos de la Palabra 22



Primera edición:
Octubre 2016

© Carlos Javier Cebrián

© De esta edición,
Babilonia ediciones.
Navarrés.
babiloni56@gmail.com
www.edicionesbabilonia.com
Coordinador: Paco Pérez Belda

I.S.B.N.: 978-84-945601-1-8
Depósito Legal: V-1476-2016
Impresión: Grafigrau, SL Xàtiva (Valencia)
Impreso en España. Printed in Spain

BAGATELAS

CARLOS JAVIER CEBRIÁN

BAGATELAS

ENSAYOS Y POEMAS

Aquí en el cuaderno de notas, es donde se escribe sin escribir, porque lo que se dice carece de destinatario, salvo este otro ser que habita en uno y lee mientras vienen las palabras.

ANTONIO MORENO. "MUNDO MENOR"

DOMICILIO.

De vuelta a la intrascendencia, al acecho de las palabras ocultas. En la quietud misericordiosa del domicilio. He aquí el poeta. No hay más pronunciamiento que la incertidumbre. No saberte tan en la distancia abisal de un pasillo amarillo. Solo hubiera de cruzar ese ínfimo trecho para decidirte lejana.

De vuelta a la intrascendencia, esta vida; mi vida, acontece maravillosa, sin sobresaltos, colmada de prodigios, tal vez absurdos, en la paz medida del domicilio.

Te arropo en la noche rutinaria. Sé que sientes frío.

VOYEUR.

Vuelves a casa con la llaga del día en el rostro. Te desnudas en el vestidor. Yo te observo a hurtadillas, con el disimulo delictivo del amante despechado. Con el instinto enfermizo de un perfecto voyeur. Preparamos la cena mientras conversamos banalmente de lo dura que es nuestra profesión, de cuán cabrones son nuestros jefes, de lo contento que nos recibe y agasaja nuestro gato; entretanto yo me relamo con el espectáculo reciente de ver tu ropa interior cayendo como las hojas de los árboles caen en otoño. Lo de menos es la memoria. Y digo esto porque se trata de un cuerpo tan aprendido como el propio, y aun así sigue siendo tan peregrino y vertiginoso como lo fue antes de aprendérmelo. Qué sorpresivo es el deseo, qué contundente. Qué incuestionable y repetitivo

VERTE DESNUDA.

Decir, amor, que esta vida, juntos, no es un fraude. La realidad suma los días, los coitos, las coladas, las cenas y las reyertas. Verte desnuda es la misma alegría sincera de siempre. Y ver cómo te desnudas, el mejor de los presentes que me ofrendas. No se anulan la picardía ni las perversas intenciones.

Decir, amor, que esta vida, juntos, no es un desengaño. La vida es esto, así de simple, querernos casi siempre –cuando podemos–, aunar los horarios. Desearnos con ese afán doméstico y perenne que nos caracteriza.

OBJETOS

Cada objeto en su lugar apropiado. De hecho, el lugar idóneo puede mudar con el decurso de los días. Así, con ese celo obsesivo, cuidas la ética y estética de nuestra casa. Nada inadecuado, todo delimitado por la regla absoluta del buen criterio. Yo soy algo más informal, pero esta característica me convierte frente a ti, en la pura formalidad. Porque tu buen criterio es cambiante, como lo es tu acierto y buen gusto. Así la casa tiene vida propia. Sufre esa metamorfosis del cuidado cabal, esa rotación extraña de utensilios escondidos. Y así pretendes velar por nuestro amor y por el deseo consecuente.

Pero el deseo, amor, no tiene esmero posible, es silvestre y nada diligente; viene, va, reaparece, puntual cada noche en su cita, cuando tú, te desnudas para mí, sin sospecharlo. Y te miro, desde mi atalaya de espectador impropio. Detrás de los quicios de las puertas.

ZOZOBRA.

Si me prestaras atención suficiente, si, a escondidas, acecharas estos borradores con imbécil pretensión y codicia de poemas, si perpetraras el hábito de sosegar mis solicitudes de deseo impertinente; sabrías qué duro es, para mí, encamarnos cada noche, cuán inexpugnable puede ser el muro que se yergue entre los dos. O, por el contrario, apercibirte con qué facilidad se puede derruir cualquier muro prescindible.

Es esta zozobra, esta gana de sentirte quebradiza y transitable, cediendo, como ceden las olas en la orilla, como cede el viento en los campos abiertos. Como muere el fuego bajo el aguacero. Romper contra los acantilados de tu cuerpo, una y otra vez, con desatino de tempestad.

Si me prestaras atención suficiente, entenderías esta manera que tengo de perder la compostura.

ONANISMO.

Sufro este onanismo acerbo de desearte; de padecerte cuando estás, y cuando no con mayor causa diligente; que no me defiende, que no me hace bien.

Te persigo en tu presencia y en tu falta. Te atropello en tu conciencia y en tu inconsciencia, arrojado, para estrellarme contra la domesticidad de la rutina.

Está reñido el deseo, este deseo contumaz, con el paso tranquilo de los días.

FELICIDAD, MIEDO Y DESEO.

Así, en esta leve claridad, se señala la casa. Transito todas las habitaciones, haciéndolas mías. Cada rincón, cada ornamento, cada perfume. Acuso recibo de dominio. Palpo las paredes, los muebles, los cuadros; y en mi tacto se inscribe algo semejante a la felicidad. Quizás sea un aferramiento, o sublevarse contra la pérdida, una posibilidad cierta y amenazadora, apenas divisada pero presente. Abro todos los cajones y hago recuento de todo, agarro tus ropas íntimas y me las acerco a la cara, las huelo. Termino este minucioso recorrido acomodado en mi gran sillón de piel amarilla, desde aquí disparo otra mirada en derredor, observo mudo las sombras proyectadas por los escasos rayos de sol, mínimos, que se cuelan por las rendijas de las persianas. Lloro, tengo miedo y te espero, inmerso en la oscuridad tan apacible de nuestra casa.

EL DESAMPARO.

Decir aquello que no se dice solo con definirlo. Aquello que con palabras dichas no se expresa, también aquello que el coloquio o la tertulia excluyen de su comprensión. Manifestar el desamparo sin citarlo. Asumir la perplejidad que nos excita el mundo, los universos o las vidas que nos cercan e influyen. Trocar y apropiarse de las palabras del maestro, sin imitarlas. No sirve la poesía más que para ello. Para ceñirme a ti sin nombrarte. Para manifestarte, esculpirte, desearte, sin mencionar tu nombre implacable.

El desamparo, vida mía, el desamparo que me acostumbra.

RITUAL.

A veces decir solo es redundar. Como lo es vivir. Vivir es reiterarnos cada día en los hábitos y manías. La manera que tenemos de despertar en la mañana exigente, el modo de volver al hogar cada noche, ese cansancio consabido. Es así, no cabe discutirlo ni rebelarse, el paso doméstico de los días, el ritual de conocernos, de no defraudarnos. A menudo la costumbre de aburrirnos hasta la insensatez y sobre todo el quimérico ritual de soportarnos. Repetirnos en los tópicos. Ese espléndido homenaje de vivir.

CONTEMPLACIÓN.

En la contemplación de lo considerado nimio se halla el misterio de las cosas. En esa prolijidad de lo minucioso reside el enigma de nuestra vida. Sucede que le otorgamos grado de valor superlativo a aquello que no lo merece, a la responsabilidad en las obligaciones, al sufrimiento volátil y olvidamos la importancia de lo cercano, lo que nos es dado, ofrendado como un milagro, lo obvio. La mañana, la noche, la respiración, la brisa, las olas, las miradas, los reencuentros. La seducción improvisada, el amor desdramatizado.

En la contemplación de los rincones de este domicilio insignificante, en el análisis de cada objeto, de los adornos superfluos, hermosos; nos aguarda la belleza. Todo aquello que nos es dado cada día reiterado, sencillamente, es el prodigio de estar vivos

ENCUADERNACIONES.

Podría decir, con aseveración, que mi vida se encierra en 6 o 7 volúmenes encuadernados, con lomos de colores, con encabezamientos pretendidamente líricos. Titulares más o menos dichosos.

A menudo palpo las encuadernaciones con la excitación propia de un niño frente a su regalo de cumpleaños, ignorando el contenido del envoltorio. Me engaño al pensar que será una sorpresa lo que me encuentre. Me engaño al deducir que no lo será de todos modos. Un repaso virtual, impreso, de mi vida, con ese tufillo nostálgico que me caracteriza y cansa, dios sabe que me fatiga. Sin duda esas encuadernaciones son mi más preciado tesoro, atento siempre a conservarlo y en lo que cabe, si es posible, a corregirlo. A agrandarlo.

LA DERROTA.

¿Crees que acechan los demonios? Padece la incandescente idolatría de la capitulación, del desistimiento. Crees que acechan los demonios, y esa pesantez te paraliza. Le abres la puerta al miedo, y lo recibes con una salutación impresa de terror, mezcla de solicitud de indulgencia y de resignación quimérica. Es ese acto de rendirte el que te maltrata y deshace, el que dibuja la figura del enemigo a las puertas. Esa imagen idólatra de los demonios invitados al festín impotente de tu vida.

La derrota no anuncia rendición. Pero esta máxima tú la has olvidado. Ríndete, pierde antes de perder, baila ufano en brazos de todos tus demonios. Nadie reembolsará tu alma en capitulación, tu alma derrotada.

EL OFICIO.

El oficio de poeta salvaguarda a sus funcionarios. Eficientes empleados de la ineludible métrica y el dogmatismo. Guardias pretorianos de la excelsa sapiencia y del dominio competente y heroico de tal oficio.

Enemigos fieros del autodidactismo moderno y la emoción desatada, la bonitura y aquello que les pudiera parecer vívido, cursi; algo así como la vida de verdad, alejada de academias y laboratorios, de sus reglas omniscientes y de todos sus soldados literarios.

Siempre dispuestos a la definición elevada de las cosas, esos funcionarios con oficio y beneficio son nuestros enemigos. Ellos son los verdugos, los bandidos.

EL ESPEJO.

La efigie que traza el espejo y el instante atrapado por la imagen que refleja el espejo, no son la propia cosa. No es fidedigno ese usurpador. Espejismo y anécdota del ser. El reflector te retorna una mirada apócrifa e incendiada; es lóbrego su contorno y hermético su lecho. Cada vez menos afinidad entre lo que eres y lo que crees ser o quisieras. La réplica del espejo es el autorretrato que más tememos. Desafías a esa mirada y te vomita el infierno. A resultas del espejo cruel se yergue invicto el individuo. Ese falsario que has querido ser. Tú, ignorándolo, traes adentro el mismo infierno.

VIEJAS FOTOGRAFÍAS.

Reveo viejas fotografías. Nosotros. Extraños. Muertes sucesivas. No adivino el decurso de nuestra vida. Revelados antagónicos, sonrisas que excitan lágrimas, rostros huidizos, asombrados, huérfanos y fatigosos. Este cansancio que purifica. Que deporta y extravía.

Reveo viejas fotografías. He aprendido que la tristeza no es una causa por la que se deba combatir; ni considerarla perdida tampoco.

LA VICTORIA.

Al término de cada jornada, entrar en casa es un triunfo. Una victoria cuyo festejo es menudo e intrascendente, pero es la Victoria al fin y al cabo. Aquí se expresa la jurisdicción de tu potestad. En este feudo cabal y ordenado. Las huellas reconocibles que se rastrean sin impedimento. Tus pisadas y sus cicatrices.

LOS NAUFRAGIOS.

Con el paso de los años y mi vida casi cimentada creo que hasta la fecha no he sufrido ningún naufragio. O de repente creo haberlos sufrido todos. Todas las zozobras y pérdidas concebidas o inimaginables. O inesperadamente creo que los desastres son patrimonio de los otros, que no me tocan. Que me soslaya la aflicción correspondiente.

Pero para negarme ahí están los poemas, la obra que es legado y afirmación de todos los naufragios. Nadie más desconocido que aquel poeta que sumó su vida en la matemática inexacta de sus poemas. Todas las declaraciones de amor que te he cedido en herencia. Las tablas de salvación, los asideros recurrentes de todos los naufragios. El grito de socorro que únicamente se me ocurre.

PIEL Y VERSOS

A Ángel González
A Antonio Gracia

Abro el libro y se reconcilia todo en mí. Asomado a las páginas de un libro, observo la existencia, siento al hombre.* El presupuesto concebido para la poesía que definiendo. Olvido las armas, la insana propensión a utilizarlas.

Me reconcilio con la idea que tengo de ti, con el concepto que tenemos de nuestro mundo. Se reconcilian en mí las intenciones de amarte en piel y en versos. Y hago piel de los versos y te toco y se ilumina el prodigio. El afán de desearte.

Es el amor el motivo del deseo. Es el amor el asunto de los versos. El anhelo de juntar las palabras para expresarte.

Abro el libro y me confirmo que estos poemas los desencadenaste tú. **

*Antonio Gracia "El leve Paraíso". El himno en la elegía.

**Ángel González. "Estos poemas". Otoños y otras lu

ÁNGELES Y DEMONIOS.

Exige el amor su destreza, confirmación diaria. Hablo de su consumación, el paso consecutivo del deseo. Su testimonio en el ser amado. Qué difícil aceptar los riesgos de amar, sin concesiones al destino. Nos obcecamos en permitir los desmanes de sus diablos. Al amor le afectan tanto ángeles como demonios, unos y otros, sin escrúpulos y tiranos. Es ese absolutismo el que nos encarcela en las celdas tenebrosas del deseo insensato.

Conviene darle trazo humano a todos los ángeles y demonios que nos inquietan.

INÚTIL.

Mientras llueve en la calle, tú te ocupas en relatar el mundo. Yo solo intento explicarme mi propia humanidad, ingente labor desmesurada. Inútil.

LA DESTRUCCIÓN Y EL AMOR.

Se desordena la vida si te escucho, si te siento irreconocible, remota. Se desbarata el método que persigo. Los adjetivos son impotentes para tal desconcierto. Se destruyen los cimientos levantados en la llanura de nuestro mundo. Se yerguen cimas inexpugnables, distancias bastardas, ríos desbordados. Es el desafecto el cauce que nos hace esclavos. La destrucción ocupa todo el horizonte, aquí, más allá. El confín de todo mapa. El decurso de nuestras aguas desatadas, tempestuosas. Y esa tempestad somos tú y yo. Así de exacta es la concisión, aquello que interpreto si te defino, hoy.

EN FUGA.

Dices que estoy en fuga, siempre, como si fuera esa mi única tarea, la aspiración última de mi sentimiento. También dices que soy incapaz de amar con solvencia, que soy como el vendaval, ese viento histérico que arrasa lo que antaño acariciaba cual brisa enajenada. Que soy sombrío en mis adentros y estoy preso del pasado y las carencias. Dices que soy capaz de devorar mis propios afectos. Dices que oculto mi fuero maravilloso disfrazado de Saturno en la superficie.

Pero nada dices de ti, nada que sea absoluto. Tan solo expresas la distancia abierta entre los dos, excluyendo de tu interpretación el abismo que abres bajo mis pies.

Dices que me encuentro en fuga, de ti, de mí mismo, de nuestro amor antiguo, del deseo. Dices que me has amado por encima de todo, pero nada dices en tu análisis de los dos, juntos, nada que sea absoluto.

En mi fuga, solo acierto a echarte de menos

LENGUAJES.

A Ignacio Fernández Perandones

Tan infructífero como explicar el amor o la belleza. Baldío como significar la experiencia. Ese esfuerzo impotente y triste es la poesía. ¿Buscar a Dios? o simplemente huir de su tirana invención. No es inteligencia, siquiera hábito. La práctica de vivir con un cuaderno de bitácora a modo de libro de estilo. La certeza escondida en la mentira, o en la adulteración de las farsas heroicas. En eso quedamos los poetas, en farsantes de nuestro propio sentimiento, en un adjetivo entrecomillado, en la maldición que nos hostiga, en su significación desacreditada.

¿Crees en la belleza, en su poesía? ¿Crees en la poesía? ¿Verdad tergiversada, adulteración de la mentira? Tan solo soy lenguaje connotativo.

Buscaré la belleza en el interior de sus magos muslos. Entraré en el milagro, como dijo aquel poeta borracho y sucio.* Encontraré poesía en sus brujas palabras enamoradas. Olvidaré por un momento esencial y hermosamente ascético, toda iluminación. Todos los poemas.

Tan solo soy lenguaje denotativo.

*CHARLES BUKOWSKI

TÓPICOS.

Hoy te apercibes que nada es ya lo mismo. Lo que era divertimento, ironía, frescura, es ahora miedo a la sensiblería. Melancolía y no nostalgia. Vuelves la vista atrás y confirmas todos los tópicos que asume el paso del tiempo. Amor por deseo. Susurro en vez de grito. Alegría educada y no júbilo. Hacer el amor en lugar de follar. Compostura. Madurez. Estupidez. Recelo. Cansancio.

Vuelves la vista atrás y sabes que sigues mirándote al ombligo, pero ahora tu perspectiva es otra, más exacta, más madura. Más sincera. Más caduca, créeme, solo más caduca. Todos los tópicos que acompañan al paso del tiempo.

El final de mi viaje solo puedes ser tú, como cantaba algún cantautor *.

*HILARIO CAMACHO

BAGATELAS.

Espero relatarte mis días cual hazañas. Es mi empeño escribir mi vida como el relato admirable de la hazaña. El protagonismo del héroe. Es así como me derramo en ti cada nuevo día, es así como te ofrendo mi deseo. Como proeza, la empresa de un héroe doméstico y arrebatado.

Esto es mi escritura, el ejercicio ignorante de mis poemas. El intento malogrado del heroísmo, la composición usual de bagatelas.

VEHÍCULOS TRANSPARENTES.

Recorrer mi ciudad en autobús es rutina; es pasión, también, desde luego. El estilo de un voyeur escrupuloso de otras vidas. Un vampirismo social y aventajado que me permite analizar el mundo que me rodea. Los trayectos de ida y vuelta siempre son los mismos, repetidos y cansinos, incluso se repiten las personas, a algunas ya las saludo, por costumbre ociosa, hago carantoñas y mimos a sus hijos, y les hablo, banal, del tiempo, del frío que nos hace o del sol a raudales, de las prisas, del Gobierno o de las noticias impactantes de los días. A veces, de noche, solo en el trayecto de vuelta departo con el conductor: de fútbol, del trabajo, del paro, del déficit, de la deuda o de las deudas, de los bancos, de las amenazas, de los embargos y de los desahucios.

Casi siempre soy el último usuario de la jornada. Es agradable, al llegar a casa, registrar la remanencia de las víctimas de cada trayecto, las más distinguidas o las más discrepantes, delimitar un trazado de vidas anónimas que hago mías para diseccionarlas con menudencia y precisión de cirujano. Transcribir al papel toda su humanidad que ya me pertenece, sin ningún asomo de remordimiento.

(reversión 2012)

REGIÓN ÍNTIMA.

En esta región íntima que delimita el estado de nuestras cosas, nuestra nación o patria, según convenga entenderlo. En esta región, decía, abrupta y cruel, te llevo adentro, como un fuego que abrasa en el interior. Y es ese fuego la expresión de todas las victorias forjadas a pulso, al rojo vivo de la sangre poluta y derrotada.

No derrames una sola gota de tu sangre por mí, no se merece tal sacrificio demente. No enarboles el sable asesino en nombre de mi prédica o mi idea de justicia. Siempre es injusto impartir justicia a fuego, en mi nombre o en el tuyo. Es cruel clamar a Dios para decapitar al contrincante. Son las divinidades estados de oídos sordos, repartidores de libres albedríos, solo nosotros somos responsables de nuestros insultos y disparos. No laves tus manos rojas en mis fuentes. No hundas tus filos en el corazón de mis enemigos.

En esta región íntima que delimita el estado de nuestras cosas, nación o patria, según convenga entenderlo. En esta región, decía, abrupta y cruel, se me provoca un odio visceral insano. Una tremenda sensación de llanto ahogado, en ausencia de lágrimas.

LA SONRISA DEL DELFÍN

A Ana Feliu Sendra o Luna de Abril.

Seguiremos los surcos de espuma que tú trazes. Tú inauguras el mar, a proa, para que te derivemos en nuestros navíos. Con tu lenguaje tan primigenio y tu sonrisa indestructible en los labios. El lenguaje y la sonrisa del delfín.

Así te seguimos en nuestra deriva. Nos defiendes de la vida. Nos serenás el desasosiego, cuando arribamos a la orilla que tú nos indicas en tu vertiginoso itinerario. Y tu sonrisa nos ilumina cual faro sobre el acantilado. Nos evitas, así, el azote de las rocas, la embestida de este mar embravecido. La luz, el lenguaje y la sonrisa del delfín.

Por tus ojos inocentes, puros y amatorios, divisaremos la profundidad de las aguas cristalinas, y allí nos encontraremos siempre, en paz, sin miedo al destino ni al viaje que nos embarca –y embarga-. El trayecto que desde ahora y siempre, desde que llegaste, querido delfín, nos trazas.

CUESTIÓN EN FALSO.

¿A quién diriges tu canto? ¿A quién va dirigido tu compromiso? ¿Quién es el destinatario de la conjetura que tus palabras otorgan?

¿A quién, ahora que hay ciudades saqueadas, cadáveres en las aristas de los caminos y en las aceras reventadas? Aunque, si lo pienso con detenimiento, no es lo mismo cadáver y muerto, porque los muertos aún afirman un hilo esencial de ser humano, de persona. Los cadáveres solo son los despojos inertes de lo que fueron, estadística desalmada y cruel.

¿A quién, ahora que están de muertos sembradas las ciudades y sembrado el horror de visiones de muertos?

Cada verso es una cuestión en falso, sin réplica. Así transitas por los renglones de tu escritura, sin saber si cantas o si te comprometes o si existen destinatarios.

EL MENDIGO.

El poeta es un mendigo. Su verso es alargar su trémula mano para rogar la limosna. Esa es la imagen que evoca. En verdad nada hay en la vida del poeta que podamos considerar poético, salvo esta imagen certera y desconcertante del desvalido.

En días tristes y dramáticos, de malos poemas, el poeta es un mendigo. Esa es la imagen que invoca el poema fallido.

LA BREVEDAD DEL SILENCIO.

A Antonio Hortelano.

Nos hemos abrazado al vernos, fuerte, con sinceridad. Nos hemos mirado a los ojos buscándonos. Me dices que el tiempo desune, incluso, la amistad más sólida. Entre risas y recuerdos pasa la velada. Fijas tu mirada en el humeante té de flores (raras), me dices que nunca lo has probado. Nosotros somos así (te digo), té raro, filosofía china, incienso.

Se hace el silencio. Nos abrazamos de nuevo, al despedirnos, fuerte, con tristeza. Sobre la mesa queda tu taza llena de té frío.

DIARIO DE UN POETA INTRASCENDENTE.

Es costoso hojear las páginas de cualquier diario. No deja de ser un libro de poemas la composición de un período vital, de un cotidiano acontecer, como un diario de a bordo o un cuaderno de notas de un viaje, las anotaciones prosaicas de tu minúscula existencia. Y aunque la técnica ha transfigurado los cuadernos en impropios procesadores de textos, estos causan la misma desazón al revisarlos.

Te apercibes de pronto de la inmediatez de los versos cuando se compusieron, de cómo los castiga el paso del tiempo, de cómo su propiedad mediata no consigue obrarlos verídicos en su totalidad. Se convierten en secuencias huidizas de lo que fueron, en escenas difuminadas. Pero, al tiempo, sabes cuánta verdad encerraron y encierran, todo el sinsentido que abarcan. El pasado casi siempre abjura en insignificancia en el presente.

EL LLANTO.

Últimamente despertamos sobresaltados, cada mañana temprano (demasiado temprano). Nos despiertan y sobresaltan los gritos desgarradores y el llanto histérico del bebé de nuestros vecinos. Y esta cama donde, seguramente, al empezar la madrugada, se ubicaron el amor y el sexo suave y plácido de los amantes domésticos, se convierte en un potro de tortura.

Hacemos conjeturas acerca del motivo de tan terrible llanto, por supuesto simples especulaciones. Reclamo, dolor, chantaje, qué sé yo.

Pero no quería hablar del llanto de los otros, ni del sufrimiento que nos traslada el sufrimiento de los otros. Quiero hablar de este amor, de este deseo cumplido en nosotros, de todas las caricias, de esta batalla ardorosa de los cuerpos, y de cómo el lecho amable puede convertirse al despertar, en el feudo del dolor. Adonde nos llega, desde lejos, la angustia inexplicable y espantosa de los otros, inmiscuyéndose en nuestra vida e inquietando el sosiego de nuestra reciente felicidad.

EDIFICIO EN ABANDONO.

Detengo la mirada en la gran puerta enrejada del edificio abandonado. Me doy cuenta, al hacerlo, de que lo hago cada mañana, desde mi asiento, a través de los ventanales que me cercan. Me encamino hacia la puerta y miro al interior de la construcción en desuso, agarrado a los barrotes casi carcelarios. Parece un patio penitenciario, pero no lo es. Adentro se genera un silencio concluido en soledad, en víspera de demolición. Los brotes bárbaros de gramal asaltan el recinto. La maleza como metáfora del abandono. Puede escucharse un residuo de vocerío –casi inaudible– en el eco, como huella de rancia y esotérica pervivencia. Las voces de otros días ya lejanos. Los vocablos y la algarabía de la actividad de antaño que colonizaban el patio, los hangares, los almacenes. El insólito y remoto lenguaje del comercio que aquí se acostumbraba.

NUESTRO GATO.

Cuando llegamos a casa una sombra vívida recorre las habitaciones. Un leve e irreal crujido en la anea de las sillas. Un displicente y espectral maullido que nos reprocha la tardanza. La felina y contenida alegría con la que nos recibe y agasaja nuestro gato. Así era (así es, aunque sea erróneo el tiempo verbal empleado), nuestro gato.

Nuestro gato con costumbres y caprichos de Ser Humano.

Nuestro gato con esa manía tan filantrópica de despedirse antes de morir, con ese rictus de sufrimiento tan poco animal, una resignación que no es instintiva. Una conformidad racional, filosófica. Esa mezcla de conciencia y aflicción en la despedida.

Así ha dejado nuestra casa, con esa impresencia, con esa apariencia de fantasma conocido y amado.

RETROVISOR.

Entender el paso del tiempo, avenirse con condescendencia propia. Aceptar el vello en las orejas y en los hombros y en la espalda y en el entrecejo y no acometer un combate inmisericorde contra la semejanza fortuita que refleja cada mañana el espejo. Admitir el cansancio y hacer acopio de todo lo hermoso que has creado. Entender el paso del tiempo desde la compilación de tus escritos, reconocer en ellos cada pisada hacia delante, las marcas de tu presencia. Los poemas a modo de retrovisor amable en la carretera de tu biografía. Entender el paso del tiempo como el indicio de tu existencia absoluta. Verdadera, única. Presumir de amor incondicional y de compañía firme, manifestar ese regocijo abstracto que otorgan las cicatrices de la pasión salvaje y pura. Comprender que, pese a todo, seguimos aquí, solo más cansados; con las heridas bien cicatrizadas. Las llagas a modo de retrovisor amable en el camino de nuestras biografías, fieramente unidas. Tú y yo. Fieramente unidos.

LA INFANCIA.

*Cabalmente la infancia es, desesperadamente el
primero - o último- de los paraísos perdidos.*
"Los Paraísos" Joan Perucho.

La infancia para mí es ya, a lo sumo, un ejercicio de memoria. Un ejercicio impuesto de memoria impuesta. La infancia es un recuerdo nominal. El pasado y sus nombres. (Y los nombres olvidados, también.) La infancia es la única etapa de nuestra gris existencia que no tiene pasado. La única época que recreamos con vivos colores al recordarla. Pero con el decurso, traumático y vertiginoso, del tiempo solo se puede revivirla cuando la perdemos. No somos capaces de evocarla con exactitud, nos engañamos, nos miente esa retentiva impuesta, sujeta siempre a conveniencias heroicas, soñadoras o simplemente camufladas. Se conmemora, se revive según nos conviene, acicalada de pueriles melodías, antiguos sabores, extraños perfumes, olores. Divergentes colores e inciertos pensamientos, delicadas desavenencias con la crónica íntima de nuestra diferida realidad. Recuerdos exactamente inexactos. Un oficio de memoria convulsiva es recordar la infancia: dar manotazos al aire, con ese empeño sublime y desatinado de retenerlo y, sin embargo, perderlo repetidamente con terquedad de soñador. Cada recuerdo como la reminiscencia de una pérdida. El pasado es la región de las pérdidas y la infancia es la pieza capital en la arquitectura del recuerdo; la derrota de la nostalgia, su última victoria.

MUJER ANTIGUA.

Tarde de otoño furioso. Y después de esta frase cursi, detrás de los cristales llueve. Es momento de recordar los poemas antiguos dedicados a la lluvia y a tu adolescencia. Al observarte desde aquí, hoy, tu estampa es de belleza añeja, la de las mujeres antiguas. Bajo el aguacero, con el pelo enloquecido y mojado, traes todas las viejas canciones y este poema de amor que no se avergüenza de serlo.

Maldita sea la nostalgia que nos impide adueñarnos de lo hermoso que nos acaricia hoy, tu rostro y tu porte de mujer antigua, la belleza añeja del presente y todos los cantos superfluos y entregados que es capaz de abarcar mi voz.

Detenidos bajo la borrasca, mojándonos de esta manera tan estúpida, por dentro y por fuera, todo tan sencillo y abstracto como, también es, la lluvia.

FUENTES ARTIFICIALES.

En la calle, sobre el mundo “foráneo”, llueve, despacio, -la lluvia de los débiles se me ocurre-. Y aquí dentro, sobre las pierdas artificiales, cae el hilo de agua destilada de las fuentes. Despacio, musicalmente. Un sonido nítido, transparente si este calificativo pudiera aplicarse al sonido del agua al caer sobre el lecho de piedras de las fuentes. Creamos un ambiente despacioso a partir de aquello que, en principio, fue artificial, no falso, a partir de la invención. El sutil chorro de agua, en su mínimo trayecto, empujado por una batería eléctrica camuflada, nos reconcilia con la lluvia de la que huimos. A veces la mentira es piadosa y por ella abrazamos la verdad. Desde la paz innatural desterramos el desorden, esquivamos la tormenta.

Un remanso de piedad junto a las fuentes artificiales

LA CIUDAD

De madrugada la ciudad conmueve. A estas horas la ciudad tiene aspecto de inocencia solo quebrantado por el regreso de algún transeúnte borracho o algún automóvil que circula a deshora. Y, sin embargo, por las calles inertes, abandonadas, sopla un viento de colosal fatalidad, latente, oculto, demoledor. Sientes en la nuca el peligro de miradas espías, y sientes, también, su fuego adormecido, la amenaza de los cuchillos. Se intuye el clamor desaforado de sables enfrentados en los ecos. La ciudad nunca duerme y acuna por igual a víctimas y asesinos.

De madrugada la ciudad conmueve, y parece un desierto de inocencia. A estas horas la ciudad es un hervidero de venganzas. De miedo. Se palpa en la brisa. Recorre las esquinas: la celeridad de mis latidos y la soledad de mis pasos lo atestiguan.

LA VECINDAD.

La vecindad sabe bien todo lo nuestro, conoce nuestros secretos más inconfesables. Sabe de mi destemplado carácter, sufre la tempestuosa relación que nos une. La vecindad es ese testigo involuntario que espía sordamente nuestras vidas, que archiva y disciplina todos nuestros desordenes, que acepta, incluso, nuestro exiguo bienestar. En contraprestación, nosotros sabemos bien todo lo suyo, conocemos sus secretos menos confesables.

Vivir en vecindad es eso, un pequeño chantaje, un respetuoso y compasivo chantaje de silencios, solo roto por el brillo irónico de las miradas cruzadas que todo saben y todo ocultan.

Vivir en vecindad es guardar los secretos, ignorar que por los deslunados compartimos éxitos y fracasos, amores cadenciosos y el amor mal avenido, la felicidad inquieta, y la inquietud de la infelicidad. Los años y su paso contumaz, la muerte que nos circunda. Compartir, también, por qué no decirlo, los impertinentes ronquidos y las infames flatulencias. La dignidad de vivir, de estar viviendo.

EL PASADO.

a Israel y Paula

En los ojos de los niños, en su mirada me arroja la ternura. Si os miro, me vencéis y mi amor no es alegría. Si os miro, -la fiereza, la crueldad del sentimiento- me vencéis. En los ojos de los niños reside la tibia amenaza, gozo y aflicción, patetismo, desvalimiento, melancolía, ganas de vivir. Si os miro, me vencéis, y lo único que realmente no existe, ahora, es el presente. No se arrastra el pasado porque nosotros somos pasado. El futuro es el territorio de la pérdida. El presente, radical alucinación, es la mentira.

En los ojos de los niños todo es pasado.

HORMIGAS.

Detesto a las hormigas. Al descubrirlas deambular por el suelo, entre las juntas inferiores de los tabiques de las paredes de la casa, en infame hilera, recolectando restos de migas de pan, esforzadas, me quedo en individuo fuera de sí, perplejo, ausente, invadido.

Esto puede parecer una nadería, una simple anécdota, banal, pero de naderías y anécdotas, de banalidades, se conforma el ser humano. En la suma de ellas reside el misterio del ser.

Al observar a las hormigas, campando a sus anchas por mi casa, reflexiono acerca del Universo. En cómo el Universo es una suma de universos más pequeños, indescifrables y anecdóticos. En cómo el tiempo es una adición de pequeños lapsos de tiempos ínfimos. En cómo la humanidad es la suma de todos los seres humanos. Reflexiono acerca de la suma de naderías que soy capaz de discurrir.

Pienso en la muerte, al tiempo que liquido a todas las hormigas que puedo. Las aplasto, sin concesiones, una por una, o en grupo. Una reacción contra el miedo a lo que no se domina. Una acción tan humana.

Este pliego Bagatelas se terminó de
imprimir el diez de octubre de dos mil dieciséis
en el obrados del impresor Pepe Grau, en una primera edición
de 100 ejemplares numerados y firmados, del 001 al 100

Ejemplar N° _____

Pliegos de la Palabra

- 01 Hemorragias (4º Edición)
Javier Gm
- 02 Poemas de ficción, Darling
Yolanda Pérez Herreras
- 03 Campos de hielo
José A. Pamies
- 04 Musarañas azules en Babilonia (3ª Edición)
Begoña Abad
- 05 Poemas del cuarto de baño
Teo Serna
- 06 24 horas
José Miguel Aguilar Giner
- 07 La vida que me queda
Cristina Carrasco García
- 08 Estorbar de gusto (4ª Edición)
Javier Gm
- 09 Una pelota de goma no es broma (2ª Edición)
Beatriz Borgia
- 10 Nubes y claros seguido de Pájaro sin rama
Eva Hiermaux
- 11 Mientras suena Beethoven
j. seafree
- 12 Escenarios para el conflicto
Félix Menkar
- 13 Nada es lo que parece (3ª Edición)
Javier Gm
- 14 De la soledad
Alfonso Aguado Ortuño
- 15 Quizá el amor
Shiro Dani
- 16 Petita por
Paco Matéu
- 17 La saliva de los versos (2ª Edición)
Carmen Maroto
- 18 Subrayando metáforas
María Jesús Mentía
- 19 Pintadas
Jose Luis Campal
- 20 A tres Voces
A. Masiá, B. Villanueva, M. Peiró
- 21 Abrazando a la mujer
Nuria Bordés

